

DE LAS CLASES DE NIÑOS, DE LOS RECREOS EN EL LLAMADO "CAMPO", Y DE LOS ANISICOS DE COLORES DE LA HERMANA FELISA

De la mano de mi abuelo Asensio, recuerdo mi entrada por vez primera en la clase a niños destinada en el colegio de Carmelitas, de La Unión, el llamado familiarmente "Asilo". Guardo todavía y siempre en la memoria el sol de aquella mañana, de tantas mañanas, derramándose en oleadas amarillas sobre el suelo de madera de la clase.

Todos los días, partiendo en dos el horario matinal, triunfaba la convocatoria – voz de una campana por medio- del anhelado "recreo", resuelto felizmente en el amplísimo patio – "el campo"- por esbeltos árboles ornado. Por medio, trompos, carreras, juego de las bolas, conato de fútbol, conociendo nosotros los pequeños, por vez primera, por condescendencia y sabiduría de los alumnos mayores, lo que "penalty" venía a significar.



Alumnos de la Hermana Felisa. Año 1929. Fotografía: Avilés.
Fotografía cedida por Asensio Sáez que aparece en la fila central, tercero por la izquierda.

Todo, juego y aprendizaje, bajo la atenta y a la vez que tierna mirada de la hermana Felisa, pequeña de estatura, grande de alma, con su inseparable bolsón de anisicos de colores, buscando la ocasión de la dádiva generosa.

A ver, tú, Pepe; y tú, Tito, y tú, Juan. Escoged, como merecido premio entre una de estas estampas de la Santísima Virgen coronada de estrellas y este puñado de anisicos de colores.

Es decir, una elección, del todo difícil, entre el espíritu y la materia. Piense el lector lo que, al final de las evidentes dudas, elegíamos unos y otros.

¿Anisicos fueron nombrados? Sépase también que, custodiados bajo llave, disponía la hermana Felisa de aquella caja de hojalata como oro en paño, golosos trofeos futuros, guardaba los exquisitos recortes sobrantes de las sagradas formas procedentes de la sacristía anexa a la capilla presidida por la Virgen del Carmen tallada por Jerique, nada menos que el autor del Cristo de los Mineros, ambas imágenes afortunadamente salvadas de los desmanes de la Guerra Civil. Y bien recuerda uno la paz impagable de aquella capilla con olor a jazmines y a

enciensó, en la que, sin que nadie lo ordenara, todos hablábamos respetuosamente en voz baja, a sabiendas de que era el mismo Dios el que se dignaba a compartir con nosotros su Vecindad, vocablo que a uno le apetece ahora escribir con mayúscula.

Por mayo, la procesión de la Niña María, en la que tomaba parte la totalidad del alumnado masculino y femenino. A hombros de los "mayores" iba la pequeña imagen en su trono minúsculo, que no nos gustaba nada porque recordábamos nosotros los otros pasos monumentales de nuestra Semana Santa, reventando de flores y bombillas.

Luego, vísperas de la Navidad, montábase el monumental belén, para el que todos aportábamos el papel de plata procedentes del chocolate de la merienda, material imprescindible para la construcción del río y las estrellas, y, hala, a cantar los primeros villancicos, el de la "marimorena", el de "saca la bota María" y aquel otro que decía:

**La Pascua se va y se viene,
la Pascua viene y se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.**

Villancico éste que a mí no me gustaba tampoco nada por aquello de que un día tendríamos que irnos sin opción al nuevo reencuentro en la tierra con el llamado turrón

de Cádiz, insuperable, fabricado por la confitería de Marita.

Precisamente sin opción al regreso, dejándonos para siempre su recuerdo indeleble, nos diría adiós la hermana Felisa una mañana de intenso frío, con las cumbres de la sierra minera nevadas insólitamente y nosotros, sus niños, ya hombres, a pie todo el camino del cementerio, portando sobre nuestros hombros su leve peso - ¿el de un ángel?-

Luego, con el tiempo, el ayuntamiento unionense, a cuyo frente figuraba entonces como alcalde Antonio Sánchez Pérez, tomó el acuerdo de dar el nombre de Hermana Felisa a una de las calles de nuestra ciudad.

Todavía hoy, transcurridos los años -¡tantos!-, recordando uno a todos los buenos maestros que después nos abrirían inéditos caminos, hacemos grata memoria de aquella menuda monjica de cuyas manos, en semilla, tanta sabiduría nos fue llegada. ¡Qué lejos hoy, ciertamente, aquel mundo todavía sin ordenadores, sin televisión, sin retransmisión del partido del domingo, sin aire acondicionado, al que, sin embargo, muchos de sus alumnos, hermana Felisa, a lo mejor, nos gustaría volver para continuar pisando aquel suelo de madera, en el que, tras su mesa de trabajo, usted nos estaría de nuevo aguardando con su bolsa repleta de anisicos de colores.

Asensio Sáez